

¿Fue el fascismo un continuador de la antigua Roma? Imperialismo, *romanità* y expansión en la Italia fascista: El caso de la *quarta sponda* (1912-1943)

Was fascism a continuator of ancient Rome? Imperialism, romanità and expansion in fascist Italy: The case of the quarta sponda (1912-1943)

Nicolás Llantén Quiroz¹

RECIBIDO: 10 DE SEPTIEMBRE DE 2018 | ACEPTADO: 20 DE DICIEMBRE DE 2018

RECEIVED: SEPTEMBER 10, 2018 | APPROVED: DECEMBER 20, 2018

RESUMEN

El presente artículo expone el uso político-simbólico que tuvo para el fascismo italiano, la imagen y figura de la antigua Roma como una forma de legitimar su expansionismo colonial, presentándose como un depositario ideológico y teórico del que supuestamente se sentía parte, pero que más bien era un elemento propagandístico legitimador de sus conquistas. El caso de la *quarta sponda*, es decir, Libia, refleja ese discurso tanto en el modo de dominación, como en la legitimidad de la conquista en vista de su pasada integración al territorio del imperio romano, lo cual permitiría su necesaria reincorporación al nuevo Estado fascista italiano.

11

Palabras clave: Fascismo, Imperialismo, Nacionalismo, Totalitarismo, *Romanità*

ABSTRACT

The present article exposes the political-symbolic use that it had for Italian fascism, the image and figure of the ancient Rome as a way to legitimize its colonial expansionism, presenting itself as an ideological and theoretical keeper of what supposedly felt part, but it was rather, a propaganda element that legitimized their conquests. The case of the quarta sponda, that is, Libya, reflects that discourse both in the way of domination, and in the legitimacy of the conquest in view of its past integration into the territory of the Roman Empire, which would allow its necessary reincorporation into the new Italian fascist state..

Keywords: Fascism, Imperialism, Nationalism, Totalitarianism, *Romanità*.

1 Chileno. Licenciado en Historia y Educación por la Universidad de Valparaíso, Chile. Magíster en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
Correo electrónico: nico.historia.uv@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La presente investigación busca develar uno de los grandes mitos presentes dentro de las investigaciones referidas al estudio del fascismo italiano, esto es, su inexorable vínculo con la antigüedad romana y su noción imperial expansionista, de la cual se presentaba como continuadora en muchos de sus aspectos más simbólicos y propagandísticos. Sin ir más lejos, Mussolini mismo trataba de reflejar dicha prerrogativa en sus diferentes discursos, tal como lo expresó luego de la entrada de las tropas italianas en Etiopía, en 1936:

“Italia finalmente tiene su imperio. Imperio fascista, porque lleva los signos indestructibles de la voluntad y el poder del *littorio* romano, porque este es el objetivo hacia el cual, durante catorce años, se solicitaron las energías irreprimibles y disciplinadas de los jóvenes, vigorosas generaciones italianas. (...) Los italianos crearon el imperio con su sangre. Lo fertilizarán con su trabajo y lo defenderán contra cualquiera con sus armas.

En esta certeza suprema, levantada, o legionarios, la insignia, el hierro y los corazones, para saludar, después de quince siglos, la reaparición del imperio en las colinas fatales de Roma”. (La Gazzetta del popolo, 10 de mayo de 1936, p.1).

12

Sin embargo, dichas premisas no fueron del todo constantes durante el régimen fascista. Si bien es cierto que desde un inicio, los diferentes intelectuales asociados al partido fascista buscaban relacionar su actuar político con la antigua Roma. El caso más notorio es Giovanni Gentile y *Fascismo di pietra* (1922 [2007]) quién exponía el concepto de *romanità*, el cual era presentado como el devenir histórico propio de los fascistas, (sus continuadores), que debía trazar sus pasos a seguir. Dicho texto surge en octubre de ese año, es decir, prácticamente al mismo tiempo en que Mussolini desarrollaba su “marcha sobre Roma”, lo cual nos muestra un compromiso primigenio del régimen con esta idea. Ahora bien, dichas premisas fueron modificándose con el paso de los años en el poder. Tal como expone Amaral (2014), la idea de la *romanità* trascendió tres etapas diferentes; al comienzo con una clara evocación hacia el pasado romano más directa, posteriormente relacionada con la figura revolucionaria de César y su devenir político, y finalmente, con el régimen más consolidado hacia fines de los 30, la relación del *Duce* con la figura de Augusto, el fundador del imperio, ya que ambos buscaban la mantención de la gloria y la consolidación de Roma (Amaral, 2014 p.2; Gentile, 2007 p.46 y p.52).

Si bien para los investigadores sobre la teoría del fascismo, las ideas romanas están más asociadas al componente simbólico entre el nombre y su etimología (Payne, 2014, p.4), han existido otros autores que han investigado dicha relación en términos más profundos, ya sean políticos, culturales, lingüísticos, simbólicos, etc. Tenemos el caso M. Cagnetta, desde una perspectiva cultural (Cagnetta, 1977), simbólica (Giardina y Vauchez, 2000), desde la arquitectura y la distribución urbana de Roma (Cederna, 2006), (Nicoloso, 2011), Amaral (2014). Ahora bien, desde un sentido más político,

destacamos el trabajo de Visser, el cual explora las consideraciones que tuvo la idea de la *romanità* en el pensamiento fascista, (Visser, 1992). Cuestión que también toca Nelis y la construcción de dicha idea en el pensamiento de Mussolini (Nelis, 2007). El propio Nelis, en tiempos más recientes, plantea que el pensamiento fascista no solo es una argumentación teórica proveniente de la idea de la *romanità*, sino que también pretendió asociarse a aspectos más religiosos-simbólicos, sobre todo por la supuesta continuidad existente entre las ideas “civilizatorias” romanas y la Iglesia Católica, que tuvo con el régimen excelentes relaciones de cordialidad. Ejemplo de esto sería el acuerdo celebrado en Letrán en 1929, entre otros acontecimientos (Nelis, 2018 p.145) Por otra parte, Vallejo, expone la importancia que tuvo la idea de la *romanità* y el culto hacia la ciudad de Roma por parte de los fascistas, como parte de un programa de legitimación racial y biológica llevada a cabo después de 1936 (Vallejo, 2012). Finalmente, dentro del ámbito lingüístico-cultural debemos poner el acento en dos autores. A nivel filológico Rodríguez expone la presencia de las figuras retóricas latinas y el constante uso de parte del *Duce* hacia el pasado romano en sus diferentes discursos, a través de los cuales presentaba su pensamiento a las masas (Rodríguez, 2017), y sobre todo, a nivel más teórico, Luciano Canfora (1980), nos presenta la instrumentalización hipotética y práctica de parte de los intelectuales fascistas, que se hacía de los autores clásicos para demostrar esa continuidad “vital” entre la antigua y la nueva Roma fascista y como también producto de esa búsqueda, paradójicamente se impulsó una nueva época de conocimiento y comprensión de la antigüedad romana que distaba de los supuestos fascistas en múltiples apreciaciones. Situación que en este artículo pretendemos demostrar.

13

Como podemos ver, las referencias a lo romano dentro del fascismo que se estudiaron, generalmente tienen que ver con aspectos más bien puntuales, tomando el ideal imperial expansionista de los fascistas como parte de esa *romanità*, pero no se detienen a pensar más profundamente desde dónde proviene y sobre todo lo que tiene que ver con esta noción tan propia del pensamiento de los fascistas, de verse como continuadores de un “ideal vital” que se asocia a la antigua Roma, la cual no es tan estudiada por los autores, tomándolo casi como un mero aspecto procedimental propagandístico (Payne, 2014), pero que claramente tiene una raigambre en la península italiana que se puede rastrear incluso desde antes de la formación de la propia Italia como Estado, en donde el ideal nacional siempre refiere a ese pasado glorioso romano (Canfora, pp.57-76). Bajo este sentido, la legitimación del ideal colonizador expansionista tiene un trasfondo temporal, político y cultural que si bien podría asociarse a la antigua Roma, tiene una adaptación y asimilación fascista, que vincula el ideal imperial romano con la nueva idea de las *spondas* (costas, orillas) que marcarían el inicio de un nuevo período glorioso de Roma, en donde Libia sería el primer paso de expansión y sobre todo, de civilización que reflejaría dicho destino (Gracia, p.81).

De esta manera, para el desarrollo de esta investigación, hemos de utilizar un análisis de tipo historiográfico, deductivo, enfocado principalmente en el estudio e interpretación de fuentes primarias, en este caso los discursos de Mussolini, las publicaciones en periódicos y también los textos de los autores que plantearon estas

apreciaciones sobre el fascismo y Roma, como es el caso de Gentile con su *Fascismo di pietra* (1922). Así también para la descripción de la guerra de conquista de Libia y su uso propagandístico, usaremos los textos de Mainoldi (1930) y Mezzeti (1933), testigos de primera fuente de lo acontecido en dicho territorio, así como también elementos que podemos asociar a la propaganda del régimen, reflejando en la prensa escrita y en el soporte audiovisual que entregaba el instituto Luce, uno de los mayores entes difusores de la ideología fascista. Finalmente, utilizaremos como marco teórico los estudios de Gonzalo Bravo, quién es uno de los mayores exponentes sobre la reestructuración del poder durante el período republicano en Roma y la construcción del poder imperial (Bravo, 1989) y también las propuestas de Syme, quién establece en sus premisas la idea de la voluntad imperial de Roma como un constructo social-político que es dirigido por los nuevos generales (*imperatores*), resignificando el poder de Roma en la figura del poder salvador del emperador (Syme, 2010). Finalmente, como modo de contraste teórico, aplicamos las propuestas de Mellón, quién presenta en su trabajo la necesidad expansionista del fascismo como un aspecto fundamental de su ideología política, (Mellón, 2012)..

1. El fascismo italiano: la respuesta a la “victoria mutilada”

14

Luego del desastre provocado por la Primera Guerra mundial (1914-1918), los diferentes países vencedores hubieron de hacerse con las prebendas de una costosa victoria que había llevado a Europa al borde de la aniquilación. Italia, potencia de segundo orden, fue involucrada dentro del mismo esquema de vencedores, sin embargo, no de la misma “calidad” al nivel de Francia o Inglaterra. La guerra a la que los italianos se habían unido en 1915, como forma de expansión nacionalista y la manera de vencer definitivamente a los austríacos, había costado movilizar a más de 5.000.000 de hombres, de los cuales más de un quinto no volvería a ver su hogar. Tal grado de destrucción conmocionó la realidad social y política que no había logrado ser del todo asimilada al nuevo Estado italiano que se había unificado en 1861. Esto explica la efervescencia callejera vivida en los años inmediatamente después de la firma de Versalles, conocida en la historia italiana como el *Biennio Rosso*, (1919-1920), en donde los diferentes sectores políticos se enfrentaron cara a cara en las calles de las ciudades para hacerse con el control de un Estado que se desmoronaba poco a poco, a causa de su nula operatividad y desprestigio postguerra (Gramsci, 1973; Tasca, 1969). Siguiendo esta línea argumentativa, Mann (2006) explica que:

Italia no había poseído un antiguo régimen unido. La Iglesia era poderosa, pero se oponía al estado. Las élites anteriores habían dirigido el estado anterior a la guerra sin disponer de profundas raíces sociales, y el estado no había movilizado de forma eficaz los sentimientos nacionalistas (...) En un país donde el Antiguo Régimen no podía movilizar su propio autoritarismo, el fascismo pronto tendría atractivo. (pp. 152-153)

Ante tal situación, la voluntad política de este Estado “gelatinoso”, como lo llamaba (Gramsci, 1981, pp.95-96), era claramente mantenerse a costa de las voluntades

populares de sectores de izquierda, derecha y de católicos pro intervención papal. Mas, al apreciarse la voluntad nacionalista de los elementos de derecha que se reunían en los *Fasci di Combattimento*, (que tenían como cabeza a Gabrielle D' Annunzio), hacían ver con buenos ojos el surgimiento de un poder fuertemente nacionalista y paramilitar, para lograr ese tan necesario “orden” institucional que se había desvanecido desde 1919.

De tal forma que la “pasividad” con que las fuerzas estatales se enfrentaron puede entenderse bajo esta óptica de conmoción política post Versalles. Explica Mann (2006):

Los fascistas surgieron como una respuesta a la crisis de la guerra de la movilización de masas. Italia se hallaba marginada en el sistema de las grandes potencias, y los italianos se hallaban divididos por la guerra. Esto fracciona los partidos políticos y crea espacios para unos nuevos. Unos pocos centenares de fascistas se convirtieron pues en un movimiento de masas a medida que más crisis de la sociedad italiana de la posguerra exacerbaban sus luchas de clases del capitalismo y alimentaban un movimiento paramilitar juvenil. (p. 152)

Debido a esto, no es de extrañar la posterior captura del Estado por los *camicie nere* de los fascistas en 1922.

La figura de Mussolini, por otra parte, uno de los tantos militantes de los *fasci* luego de la guerra, comenzó a tomar más relevancia gracias a sus encendidos discursos y una política brutal de intervención callejera, a través de la acción de grupos paramilitares conocidos como los *squadristi*. Esta forma de actuar, le hizo granjearse el apoyo de los grandes terratenientes e industriales del norte de Italia, que veían con muchísimo temor la posibilidad de que los grupos de izquierda se hicieran con el poder. Así, Mussolini logró desplazar de la esfera directiva a otros miembros (como el mismo D' Annunzio), haciéndose con el cargo de líder del *Partito Nazionale Fascista* en 1921, siendo electo diputado en las elecciones de mayo del mismo año. (De Felice, 1995)

La marcha sobre Roma, finalmente, fue el movimiento que legitimó un actuar ideológico-político que se venía gestando en las calles a modo de violencia y en los círculos de acomodados terratenientes e industriales como necesidad de establecer un orden institucional. Mussolini y sus compañeros fascistas, cooptan el Estado, lo vuelven un aparato netamente coercitivo y lo reestructuran de forma que el control se centre en la figura del *Duce*, la representación misma de ese sentido unificador, fuerte y poderoso, que controla todos y cada uno de los aspectos de la nación. A tal grado, que no sólo se verá la intencionalidad del controlar el Estado, orientado netamente al ámbito público, sino también al privado. Había que darle un nuevo sentido de vivir y sentir al pueblo italiano, había que volverlo a su camino de antiguas glorias. Y para tal fin, el pasado heroico de una Roma triunfante, y sus conquistas imperiales serían el modelo a seguir, como veremos a continuación.

2. Imperialismo fascista: ¿Ideas romanas?

Al ser el fascismo una ideología centrada en la nación y la violencia política como práctica legítima del actuar estatal, necesariamente debía de buscar razones o bien, maneras de concebir la conquista de territorios como el ideal único y fundamental de un buen fascista. “Para el fascismo la tendencia al imperio, o sea, la expansión de las naciones, es un signo de vitalidad; lo contrario es un signo de decadencia. Los pueblos que surgen y resurgen son imperialistas, mientras los que no resurgen, mueren”. (Mussolini, 1984, p. 66) De manera que la idea imperial de Mussolini, pasaba más que nada por una apreciación moral e “intelectual” de las posibilidades de una conquista colonial, pero no orientada a conseguir réditos económicos como otras potencias (los casos británico y holandés son los más evidentes), sino más bien en una clave de “prestigio”. Gentile haciendo un perfil descriptivo de la ideología fascista, expone que posee: “una política exterior inspirada en la búsqueda de la potencia y la grandeza nacional, con objetivos de expansión imperialista en vistas a la creación de una nueva civilización.” (Gentile, 2004, p.89) Mas como veremos, estas asociaciones imperiales, que se tratan de vincular a Roma, tienen bastante poco de la idea latina original.

Para Roma, las ideas de imperio incluían variadas perspectivas. Primariamente, el *imperium*, como se le conoce en latín, hace referencia a un poder superior de mando tanto civil como militar, que posee atribuciones penales (poder de vida y muerte sobre los ciudadanos) y que no puede ser contrarrestado por ninguna ley o fuero. El único freno real que posee (o freno negativo como se le conoce en la ciencia jurídica) es la imposibilidad de ejercerlo dentro de los límites sagrados de la ciudad (conocido como *Pomerium* o bien *Roma quadrata*), lugar en el cual el *imperator*, (o sea, quién posee el *imperium*) debe desprenderse del mismo, y hacerse un “lavado ritual” para desvincularse de cualquier proceso punitivo o asesinato que cargue sobre sí mismo. Los límites de la ciudad son sagrados, por tanto nadie puede “mancharlos” con sus fallas, so pena de ser condenado a muerte por caer en dicha falta. (Arguello, 1998; Rivero, 2006; Viñas, 2007 y Morineau, 2006) Este poder surge de la voluntad entre ciudadanos romanos y vínculos con los dioses, que es entonces utilizado por el magistrado o figura que lo posea.

Pero esta situación también fue cambiando con el tiempo. En época de la Monarquía, el *imperium* era otorgado a los reyes por medio de la sucesión legitimada por el Senado y el *populus romanus*, (o sea los ciudadanos romanos, también conocidos como quirites) reunidos en las asambleas por curias, (Bravo, 1989, pp 59 – 64). Pero, producto de esta situación casi omnímoda del poder real, que permitía abusos como los ejercidos por Tarquino “el Soberbio”, llevarían al derrocamiento de los reyes por un nuevo sistema de gobierno, conocido como República, en 509 a.C. Este tiene unas atribuciones y características singulares. Al respecto, menciona Bravo (1989):

El poder republicano es ante todo un poder colegiado, compartido; los depositarios de este, los ciudadanos, lo otorgan periódicamente a los magistrados, que son elegidos

anualmente—salvo excepción— en las asambleas; aquellos ejercen su mandato generalmente durante un año sin percibir remuneración alguna del Estado, y existe una clara jerarquía o gradación de las magistraturas. Esta síntesis mínima resume sin embargo la aplicación de los siguientes principios: 1) de colegialidad; 2) de electoralidad; 3) de temporalidad; 4) de gratuidad, y 5) de jerarquización de los cargos, principios cuya vigencia remite a un concepto republicano del poder, así como al marco institucional en el que este se ejercía. (p.94)

Ahora bien, el período republicano estuvo marcado por múltiples procesos político-sociales que fueron orientando esta situación hacia una nueva concentración del poder en la figura de un magistrado. En la situación del concepto de *imperium* se aprecia muy clara. Siguiendo la misma lógica, se fragmenta en diversas magistraturas, se somete a la imposición de la anualidad en el cargo, y además de existir la colegialidad, para de esta forma hacer imposible el control total del Estado por parte de un magistrado.

Pero como vemos, los fundamentos del *imperium* son de índole civil y militar. Siendo siempre el primero de mayor importancia que el segundo, estableciéndose la preeminencia del poder civil sobre cualquier ejercicio coactivo-militar, (Cicerón, 2000 y 2014) más por las circunstancias bélicas externas principalmente, y la apropiación de más y más territorios a diversos pueblos gracias a los sucesivos triunfos en batalla, el elemento civil fue perdiendo poco a poco su poder por sobre el militar. Sobre todo con las reformas llevadas a cabo por el cónsul Mario, (107 a.C.) en las cuales el ingreso de una gran masa de *proletarii* (o sea no ciudadanos, pero que vivían como chusma en Roma cuyo único bien era su prole) modificó las correlaciones de fuerza entre la sociedad civil romana, dándole la posibilidad a este segmento excluido de la población de participar por vía de la espada en la política (Goldsworthy, 2005). A partir de esta situación, los *imperatores* comienzan a tomar relevancia como figuras políticas que dominan el Estado romano para fines particulares. Los César, Pompeyo, Sila, Craso, etc., corresponden justamente a esta realidad de fines del siglo I a. e. c., siendo exitosa finalmente, la experiencia de Octavio “Augusto”, cuya forma de gobierno conocida como el “Principado” gobernaría en Roma hasta el siglo IV de nuestra era.

Con Augusto inicia oficialmente el período conocido en historiografía romana como el “Imperio”, es decir, que el poder político se concentraba en la figura del *imperator*. La antigua asociación de magistraturas y ejercicio del poder se mantiene nominalmente, puesto que es la figura del *imperator* quien tiene la última palabra ante cualquier situación que le compete al gobierno del Estado. Mas, la figura de este emperador subsiste como un garante de la paz, no como un conquistador victorioso al cual se le deben celebrar sus triunfos. Es Augusto quién va a crear la idea de *Pax Romana*, en donde el emperador es el responsable de la posibilidad de que exista un orden en el *Mare Nostrum* romano, poniendo su figura como el eje central de esta política pacificadora de Roma, que solo busca gobernar adecuadamente las provincias para que se enriquezcan a sí mismas y también a la Urbs. De esta manera, el mundo romano pasa a ser un “imperio” como poder y administración del “emperador”, cuya

función militar original se *reduce* a la mantención del orden y la paz en los territorios bajo su mando (Syme, 2010).

Sin embargo, la corruptela del sistema y el agotamiento de las estructuras políticas van a ir socavando la idea del “emperador de la paz”, por la de nuevamente un emperador con poderes militares, eso sí exacerbados, que debe ante todo mantener el orden en las provincias y también frenar el avance de los enemigos externos al limes. La crisis originada desde el siglo III d.C. con la constante inestabilidad de los gobernantes en el cargo, (y muchas veces la ineptitud de los mismos) provocaron que el poder de los militares, o más bien, de aquellos que pudiesen ejercer el poder coactivo fueran haciéndose cada vez más con el control estatal. El imperio perdió entonces su legitimidad como garante de la paz, y a los ojos de los invasores extranjeros, se debilitó de tal modo que lo convertía en presa fácil de cualquier caudillo que pudiese tener una fuerza medianamente poderosa. Producto de estas, y muchas otras causas, podemos entender la caída del sistema imperial entre los siglos V-VI (Pirenne, 2010).

Ahora bien, de tal forma entonces cabe hacerse la pregunta ¿Cómo ve Mussolini a la Roma antigua?, y por otra ¿Cuál es el periodo de la historia de Roma que Mussolini toma como ente rector de su política imperialista? Para la primera pregunta, la respuesta podemos verla en sus discursos expuestos a las masas. Dice Mussolini (1984) que: “El Estado fascista es una voluntad de potencia e imperio. La tradición romana es para nosotros una idea de fuerza. En la doctrina del fascismo el imperio no es solamente una expresión territorial, militar o mercantil, sino espiritual y moral” (p.65) De tal forma que al parecer, para el fascismo el imperio es una realidad ideal de un proceso político llevado a cabo por la experiencia colonial de Italia. Por tanto, hemos de entender ciertas similitudes con la realidad romana imperial propia de los siglos I-II de nuestra era, al menos con los objetivos que posee, pero no con los mismos medios. En este punto, tendríamos que remontarlos al período republicano posterior a las reformas marianas, en donde la figura militar triunfal del *imperator* se hace presente como un factor decisivo en el control del Estado. Vemos como a modo de necesidad, se utiliza la historia romana con objetivos políticos contemporáneos, sin que sea necesaria una copia o una interpretación del mismo que legitime dicha postura. Es solo una “careta” propagandística que une a una opinión pública prácticamente desconocedora del pasado, la cual veía unas ruinas de grandiosidad magnífica, a la que era posible aspirar una vez más. El fascismo era el camino para que eso sucediese, y volver a renacer en una nueva historia. Como dice Mellón (2012): “Esta voluntad de dominio imperial es intrínsecamente fascista si el imperialismo es visto como la culminación de la regeneración nacional totalitaria” (p.96). Ahora bien, esta comprensión y práctica de conquista no solo tiene una legitimación política, sino que también de tipo cultural. Así, la idea de la vitalidad del fascismo se asocia fuertemente a esta idea de continuismo, que es claramente esa noción “civilizadora” clásica que podríamos suponer que refiere al propio ideal liberal decimonónico, pero que en el fascismo tiene que ver con la reinterpretación del término “romanización”. Esto es, hacer de la conquista no solo un lugar de enriquecimiento para Roma, sino también de una transmisión de cultura superior que libera las antiguas ataduras de la barbarie precedente (Gracia, p.81). Este ideal civilizatorio, que podría compararse

con el ideal de romanización latino, tiene mucho que ver con la noción del Estado que pretende asimilarse también con la situación de legitimidad que se busca, a la manera de un culto o bien de un sentido moral y ético intrínseco al ideal fascista que encarnaría el propio Estado (Canfora, p.73). En la antigua Roma, autores como Cicerón ya hablaban de la necesidad tener un vínculo constante entre religión y Estado, puesto que el sentido de dicha asociación no es tanto el hecho de la utilidad práctica de los dioses, sino el simbolismo ritual que representa y que asocia a las masas con la grandeza de Roma, que es parte del mito de la creación y existencia de la *Urbs* (Cicerón, 1999; 2014). Este valor simbólico del culto hacia el Estado, provee entonces de una legitimidad ética y moral a la idea de conquista del fascismo, que replicando estas formas rituales y simbólicas se muestra así mismo como continuador de la obra civilizatoria de Roma y, a su vez, consigue legitimar sus ansias expansionistas, ya que no se presentarían como conquistadores realmente, sino como agentes que buscan reincorporar a la órbita romana territorios que por derecho histórico y cultural, pertenecen a Roma y, en consecuencia a la Italia fascista (Nelis, 2018, p. 134.)

De esta forma, Roma la gloriosa, la fundadora de imperios guía los destinos del fascismo como modelo idílico de grandeza y poder, para lograr la entonces regeneración nacional italiana:

En el imperio confluyen todos los aspectos para lograr la tan ansiada regeneración de la Nación/Comunidad racial. Su mera existencia y mantenimiento, todo ello logrado mediante voluntad, esfuerzos y sacrificios, supone el fin de la decadencia. Finalidades metafísicas cubiertas; aciertos en la toma de decisiones políticas; sinergia de las fuerzas nacionales; derrota de los enemigos; éxitos económicos; el Imperio culmina una tercera etapa de la carrera poligenésica. Primero la toma del poder; segundo, la reorganización fascista de la sociedad; tercero, la conquista del imperio; cuarto, su mantenimiento y gradual ampliación. Conquistar o a la larga morir o ser sometidos, la disyuntiva es clara (Mellón, 2012, p 98).

Finalmente, en los hechos, estas premisas de continuidad, legitimidad y autoridad histórico-moral de la Roma fascista, marcarían, entonces, las pautas expansionistas mismas por donde debiese extenderse la autoridad del *Littorio*. Así de la antigua Roma ha de surgir una nueva, que situada donde mismo se encontraba la anterior, ha de desarrollarse la expansión de los límites “naturales” de Roma, es decir, reconfigurar el antiguo *Mare Nostrum*, en un sentido fascista y volver a tener ese período de esplendor romano que se había perdido, continuando y rescatando dicho ideal de civilización latina. Había que hacer otra vez del Mediterráneo un lago “romano”, o sea, fascista, en donde Libia, la colonia italiana que nominalmente se incorporó en 1912 marcaba el primer ejemplo de expansión y asimilación tanto territorial como cultural, impulsando la legitimidad de la dominación en este ideal civilizatorio, el cual no fue mal visto por la comunidad internacional (Gracia, p.81) hasta que se supo el nivel de las atrocidades infringidas por los fascistas a la población nativa con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Así, bajo esta explicación se entiende la idea de la *quarta sponda* (en español, la cuarta orilla) en la cual, al igual que en el antiguo imperio romano, el *limes* de los fascistas también coincidiría

con la costa mediterránea. Bajo esta perspectiva, la existencia de una colonia firmemente asentada en el norte de África va ser fundamental, puesto que sería el primer paso de una supuesta larga serie de conquistas y que serviría de ejemplo del ideal cultural-civilizatorio que propiciaban los fascistas. Situación que analizaremos más profundamente a continuación.

3. L'impero fascista italiano: La conquista de la *quarta sponda*

La subida de Mussolini al poder significó un afianzamiento hacia las políticas y prácticas estatales que fomentaran el ideal nacionalista. Y de tal forma, se vio claramente que la mejor manera de llevar a cabo tales perspectivas era la captación de colonias. Mussolini decía, en un discurso a los fascistas reunidos en el congreso anual de 1919, lo siguiente con respecto al imperialismo: “El imperialismo es la ley eterna e inmutable de la vida. En realidad, lo que impulsa a los pueblos libres y vitales, no es más que la necesidad, el deseo, y la voluntad de expansionarse que anima a los individuos.” (Mussolini, 1993) Así, ya asentado en el poder, sobre todo a partir de 1925, (cuando se declara la dictadura fascista, y es nombrado oficialmente como el *Duce*, es decir, “el jefe”) que la actitud de Mussolini hacia la dominación de otros territorios se volvió una política sistemática promovida por el Estado. Al respecto, menciona Laura Fermi que: “En su espléndido aislamiento del Palazzo Venezia, Mussolini se entregaba a sus sueños de grandeza y se veía ascendido hacia un poder más grande, dominando territorios en expansión incesante, como un auténtico César constructor de imperios” (Fermi, 1973, p. 349). Siendo el caso de Libia, el primero de todos los que le siguieron.

20

La idea de las *spondas* proviene del gobernador del Dodecaneso italiano, Cesare María de Vecchi, el cual presentaba que para poder crear la nueva Italia, la Italia fascista, se debía crear una *Grande Italia*, esto es, una Italia imperial, que tuviera como límites cuatro zonas que correspondían al poder italiano tanto por su cultura, como por cuestiones históricas (Baioni, 2006, p. 47). Así, los límites de ésta serían: hacia el oeste, la zona del mar Tirreno y todas sus islas (incluyendo Córcega, posesión francesa), más Saboya y Niza. Esta la sería la *prima sponda*. La *seconda sponda* correspondería a la zona norte, los Alpes y todos los pueblos italo-parlantes de la región, como la Suiza italiana y *Venezia Giulia*, región fronteriza entre Italia, Eslovenia y Croacia que los italianos reclamaban como suya desde la época de la unificación en 1863. La *terza sponda* correspondía a las zonas de Dalmacia, las islas jónicas y el archipiélago del Dodecaneso. Finalmente, la *quarta sponda*, entonces, correspondería a la zona de Libia y la isla de Malta. Todos estos territorios serían bañados por el nuevo mar fascista, conocido *Mare Nostrum italiano*, en clara referencia a la idea romana antigua (del Boca, 1991, p. 71; Baioni, 2006, p.73).

Libia pertenecía al Regno d'Italia como colonia desde 1912, luego de vencer a las débiles tropas turcas asentadas en la región. La posibilidad de contar con dicho territorio por los italianos, fue por sobre todo de interés más “ideológico” que económico. Esto, debido a que el territorio había sido prácticamente “olvidado” por las grandes

potencias (Gran Bretaña y Francia), y no poseía realmente ninguna ventaja para los italianos. Libia era una zona desértica en su gran mayoría, con un clima extremadamente caluroso y con pocas zonas fértiles para el desarrollo de la agricultura, salvo la región costera mediterránea, el resto es prácticamente desierto (Bertrarelli, 1929). Además, hemos de agregar las belicosas tribus bereberes que habitaban el territorio sin asentarse en algún sitio, que prácticamente deambulaban de oasis en oasis buscando agua y luchando unos con otros por los escasos pozos que existían. Si lo pensamos con los ojos de un industrial capitalista de fines del siglo XIX, la expansión europea por Libia no sólo era prácticamente imposible, sino también, económicamente improductiva. Únicamente un pequeño país necesitado de una legitimación nacionalista que aspiraba a pertenecer al orden de las primeras potencias, como era Italia a principios del siglo XX, querría entrometerse en esos asuntos.

Desde 1912 a 1922, la dominación italiana prácticamente se centró en el control estratégico de las zonas costeras del país, teniendo como enclaves de mayor importancia las ciudades de Trípoli y Cirenaica, en donde la primera era la residencia del Gobernador, que era nombrado por el parlamento italiano y ratificado por el rey. El territorio estaba dividido en tres regiones administrativas que después fueron cambiando. Estas fueron Tripolitania, (con capital en Trípoli), Cirenaica (con capital en la ciudad de Cirene) y Fezzan, (con capital en el oasis del mismo nombre). Salvo Tripolitania, las dos regiones subsiguientes eran administradas a manera de protectorados, que eran controladas por jefes locales asociadas a los italianos que los imponían como gobernadores títere, en vista de las crisis políticas internas provocada por la guerra, y por sobre todo, por la imposibilidad de contar con una mayor fuerza militar en el territorio. Más con la llegada del fascismo al poder, los protectorados fueron eliminados, y se buscó someterlos a una autoridad central cuya cabeza sería el gobernador de Trípoli. Situación que finalmente logró realizarse en 1934, constituyéndose como una sola colonia, con el nombre de Libia.

21

La crudeza de la conquista fue sin dudarla una cuestión llevada a cabo no solo en función de la efectividad que se buscaba, sino también como parte de la propaganda política llevada a cabo por el fascismo como uno de sus puntales ideológicos (Mussolini, 1993). He ahí el porqué se explica la devastación de poblaciones enteras, la utilización de torturas, gases tóxicos arrojados desde el aire, e incluso fusilamientos “ejemplificadores” (Lozano, 2012) ante los pueblos que no quisieran someterse a la autoridad de los fascistas (Mainoldi, 1930; de Mezzetti, 1933). Se calculan en aproximadamente unos 100.000 muertos en los años que duró la conquista, los cuales si los comparamos con el total de la población censada años después (1936), el total de la colonia correspondía a casi 850.000 personas. A su vez, Mussolini exigía a los generales “extrema dureza” para minar las ansias de lucha de los libios, los cuales no tuvieron casi ningún reparo en cumplir a cabalidad (Lozano, 2012). Finalmente, la dominación italiana logra afianzarse en la región, correspondiéndole a los mariscales Graziani y Badoglio dar por finalizada la campaña en 1932.

Ahora bien, la impronta de rudeza que propugnaba el *Duce* se legitima en el discurso de “civilización romana” que exponíamos más arriba. La zona de Libia se ha-

cía equiparar con la antigua provincia romana del mismo nombre, que estuvo en fuerte pugna entre romanos y cartagineses durante el conflicto conocido como las “Guerras Púnicas” (264 -146 a. e. c.) (Goldsworthy, 2019), en donde su rival, la ciudad de Cartago, (que si bien se encontraba en el actual territorio de Túnez), tenía importantes posiciones estratégicas y de comercio en dicha zona, especialmente por ciudades como Oea (actual Trípoli) y Leptis Magna (Polibio, 2000). De esta manera, el proceso imperialista sobre el norte de África no solo era visto como un reclamo más propio del nacionalismo italiano anterior al fascismo, sino como un proyecto civilizador-cultural de siglos, que desde las épocas de Roma había quedado trunco y que en las primeras décadas del siglo XX podía volver a concretarse gracias al ideal fascista y la dirección del *Duce*. No importaba si realmente dicha región aportaba los necesarios beneficios coloniales, más debía concretarse un proyecto fascista que permitiese hacer de la *nuova Italia* la *Terza Roma*, como expresaba Mussolini en sus discursos. (Nelis, 2018, p.135). Por este motivo, la propaganda y el uso de materiales de todo tipo con el fin de convencer a la opinión pública de la correcta y necesaria conquista en África tuvo diferentes etapas. En un principio, se instaló entre los intelectuales y académicos italianos la necesidad de reestudiar los relatos clásicos sobre el conflicto en la antigüedad e ir de este modo creando al enemigo africano que habitaba más allá de Sicilia, como un pueblo que después del esplendor romano, había caído en la opresión y la miseria de la barbarie, que debía ser liberada y nuevamente puesta en el orden de la civilización romana, gracias a la intervención directa de la nueva Roma, es decir, de la Italia fascista. Esto lo apreciamos principalmente en el gran proyecto del *Duce* de hacer de la arqueología la disciplina por excelencia, que debía reflejar esa magnificencia antigua que se había perdido en dicha región y que debía ser recreada por la *nuova Italia* (Gracia, 2013, p. 81). Este horizonte reformador se daba a conocer a las masas mediante el uso de nuevos elementos difusores como el cine, en donde el instituto LUCE jugó un papel clave en la difusión de los descubrimientos y hallazgos que realizaban los investigadores italianos en la región, los cuales servían de excelente acicate para las pretensiones expansionistas de los fascistas (Sancho Rocher, 2015). En documentales, películas o bien por cortometrajes que se pasaban en las salas de cine, se presentaban estos avances a la opinión pública a medida que las armas italianas iban acabando cada vez más violentamente con la resistencia indígena. Tenemos por ejemplo, el caso del documental *Ritorno di Roma*, que estrenado en 1926, presentaba a un Mussolini desembarcando en el norte de África, recuperando el territorio perdido e iniciando la vuelta del esplendor romano a la región, presentando con esto al fascismo como un poder liberador y civilizatorio para aquella población que había perdido su grandeza después de la caída de Roma. (Gracia, 2013, pp.81-82). A su vez, se equiparaba la figura del *Duce* con la del antiguo vencedor de Cartago, Escipión; general romano que había logrado salvar a Roma de la destrucción total y someter definitivamente a su rival africano (Polibio, 2000). El afianzamiento de dichas prácticas se consolida ya con la toma definitiva de Libia en 1934 y la propensión desde las autoridades fascistas por usar el cine y la ficción con tintes históricos para demostrar esa línea de continuidad entre Roma y el fascismo, en donde con multiplicidad de títulos y presentaciones, se buscaba llamar a la población a continuar el legado romano en el nuevo ideario fascista a través de colonización de Libia, poniendo en el centro las luchas entre romanos y cartagineses

para demostrar esa continuidad cultural y civilizatoria que propugnaba el fascismo (Gracia, 2013, p.85) y presentar al *Duce* como el nuevo Escipión que vengaba las antiguas ofensas de Cannas e imponía la voluntad y la fuerza de los latinos a los confines de la bárbara África (Gracia, p. 89).

Sin embargo, consolidada la conquista de la región, el discurso cambia completamente y podemos apreciar la notoria importancia del Instituto LUCE. En 1937, Mussolini desembarca en Libia con el fin de inaugurar la nueva carretera que proyectó el gobernador Balbo (que como veremos, significó para su construcción enormes brutalidades a la población indígena) y el instituto es el encargado de darlo a conocer al mundo en su noticiero. *Il Duce sbarca in Libia* (Gemmiti, 1937) es un pequeño filme noticioso en el cual, a través de las palabras del presentador, nos muestra a un Mussolini conciliador, fundador del imperio italiano y (he aquí algo muy interesante), como protector del Islam. Es decir, no quiere mostrarse al fascismo como un destructor de tradiciones religiosas-culturales (como podría pensarse según la ideología imperialista clásica del XIX), sino que como una cultura superior que incorpora en su base a las demás y que las acoge, las asimila y por cierto, las protege. Es prácticamente una homologación calcada del ideal latino de la “romanización” en las provincias, que desde que pertenecen a Roma pueden alcanzar una nueva edad de oro y esplendor. El *Duce*, entonces, deja de potenciar la figura de un Escipión en Libia, “el conquistador”, para verse a sí mismo como un Augusto, un protector, el de la paz conquistada y que llevará a Italia y sus dominios a una nueva edad de oro y de paz. Al igual que hizo Virgilio en el siglo I de nuestra era con Augusto, mostrando al emperador como el auténtico creador de la paz en el Mediterráneo (de ahí la frase *pax romana* vinculada a una edad de oro), los fascistas potencian la figura de Mussolini de esta manera, y producto de la coyuntura histórica conmemorativa de ese año, el *Bimillenario Augusteo*, fecha en la que se realizó una de las mayores muestras artísticas en Roma, conocida como la *Mostra Augustea della Romanità* (Arthurs, 2018 pp. 157-177) era bastante simple para los fascistas relacionar ambas efemérides como síntoma de que la nueva edad de oro de Roma y que su continuidad fascista estaba completamente orientada a desarrollarse. Libia era la primera escala de una larga serie de victorias que invitarían y consolidarían el triunfo de esta nueva Roma fascista por el Mediterráneo.

El *Duce* debía de hacer que la campaña de expansión imperial tuviese un trasfondo ideológico, pero también se necesitaba obtener recursos y/o ciertos réditos suficientes para poder mantener el territorio, aún a costa de los escasos (o más bien nulos) ingresos que generase al Estado. La idea era contar con al menos unos 20.000 colonos italianos en el país, más la situación era muy precaria. Como los explica Lozano: “En 1928, tan solo 25.000 italianos vivían en el país. Los planes para que medio millón de italianos emigrasen a Libia eran demasiado ambiciosos. Los gastos de la colonia eran tan altos, que el ministro de Comercio Extranjero le dijo a Mussolini que el Imperio estaba devorando a la metrópoli” (Lozano, 2012 p. 331). A pesar de todo, el establecimiento de los *ventimilli* logró tener cierta eficacia luego de la reorganización provincial llevada a cabo por Ítalo Balbo, quién en 1934 es nombrado gobernador de Libia.

24 A Balbo le compete haber sido el verdadero creador del sueño imperial fascista en Libia. Sobre todo en lo que correspondía a esa idea de “grandeza imperial”, que era lo que más importaba para la propaganda fascista. Balbo desarrolló un programa de mejora en infraestructura a niveles nunca antes vistas en la región. Construyó caminos, puertos, vías férreas, líneas telegráficas y telefónicas, entre otras. Se buscó ganar tierras al desierto, creando pequeños asentamientos agrícolas tanto para nativos como para posibles colonos, que tuvieron cierto éxito (Capresi, 2007). Así también, promovió la instalación de colonos italianos en la región, para sopesar la abrumadora presencia de nativos en la zona, (los *ventimilli* que mencionamos anteriormente) pero también para poder expandir el ideal fascista hacia esas tierras bárbaras (Segre, 2000). El plan era concentrar a los colonos en las zonas mediterráneas del territorio, más proclives al trabajo agrícola y que éstas no tuvieran costo, o que fuera muy bajo para evitar poner posibles trabas a su asentamiento. Las políticas de Balbo, más las garantías ofrecidos a los posibles colonos hicieron cambiar la situación social en la colonia, haciendo que para el año 1940 (en plena guerra), la cantidad de colonos llegase a casi 120.000, casi un 15% del total de la población de la colonia. Pero esto no significó en ningún caso la llegada de algún excedente a la metrópoli, muy por el contrario, solo aumentó los gastos de su mantenimiento, y también el envío de constantes insumos y materiales necesarios para poder llevar a cabo los planes de Balbo. Sin embargo, Mussolini no se veía preocupado, seguía pensando que en algún momento la situación económica cambiaría, con la incorporación de más colonias a su haber, que permitirían frenar la salida constante de capitales hacia las colonias. Se ufanó más en esta idea al lograr finalizar la conquista de Etiopía en 1936, y al participar exitosamente en el conflicto civil español, apoyando a los militares de derecha dirigidos por Franco (Gentile, 2004).

Por otra parte, la labor de Balbo no dejó de contar con las brutalidades a su haber que todo buen fascista debía de tener. Por poner un ejemplo, uno de sus mayores proyectos, la ruta que uniría todo el borde costero de Libia (que sería conocido posteriormente como la “Vía Balbia”) no fue sino más que una auténtica tortura para los obreros nativos que fueron obligados a construirla. “Se planificó la «Balbia», una carretera estratégica de 1.822 kilómetros a lo largo de la costa del norte de África desde la frontera de Túnez hasta Egipto, construida en condiciones inhumanas por trece mil obreros sometidos a temperaturas de 49 grados centígrados” (Lozano, 2012, p. 332). Más Mussolini no podía perder la oportunidad de promover las virtudes del sistema imperial fascista que estaba finalmente dando frutos en tan lejana colonia. En 1937, al ser proyectada la construcción, cruzó el Mediterráneo para hacer alarde de los triunfos fascistas (tal como indicamos más arriba), haciendo publicar en los diarios que en Libia era posible: “la consagración de los logros de la Italia fascista en el norte de África (...), la glorificación del apoteosis del triunfo imperial” (Brendon, 2000).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos llevados a cabo por la administración de Balbo, el estallido de la guerra mundial en 1940, y la posibilidad de ser atacados tanto por británicos como por franceses debido a su situación geográfica, solo condicionó aún más la posible defensa de la colonia (Segre, 2000, p. 297). Primero la muerte de Balbo en 1940, y luego las pésimas campañas llevadas a cabo por los italianos

entre 1940-1941, solo presionaron lo que se veía inevitable. El apoyo alemán logró frenar por algún tiempo las derrotas italianas en la región, más el mismo problema que afectaba a los italianos de suministros e insumos básicos para el desarrollo del conflicto, recayó ahora en las tropas de Rommel. Así, en 1943 la *quarta sponda* que había pretendido establecer Mussolini como el límite sur de un *Mare Nostrum italiano* caía ante los aliados sin poder hacer más que contemplar como ese ideal de grandeza imperial, que nunca había sido más que un sueño, se desvanecía, tal cual como ocurriría con el propio gobierno fascista unos meses después. Libia y Etiopía, l' impero italiano que tanto habían costado conquistar y mantener, marcaron el inicio del fin del régimen de Mussolini.

Conclusión: Roma como propaganda fascista

El fascismo como ideología totalitaria, necesitaba de hacerse con una legitimidad política cuando logró obtener el control total del Estado italiano en 1922. Pero esta forma de concebir la realidad y de erigir el ideal fascista, no fue un constructo teórico originado en la cabeza de una mente en particular, (postura propuesta en la historiografía anterior al cambio de siglo, con la figura de Mussolini como pieza fundamental), sino que fue un conjunto de posturas ideológicas, que provenían desde puntos de vista diversos, en donde el arte, la poesía, la ciencia, la política y lo militar se mezclaron para vincularse en tres aspectos, en donde el nacionalismo, la violencia y la expansión territorial eran la base. Mussolini es quién los hace congeniar en un proyecto, reorientándolos coyunturalmente contra un enemigo común (el marxismo en todas sus variantes), al cual se le acusa de la ruina del país.

25

Pero ese discurso asociado a una circunstancia de crisis como fueron los años del *Biennio Rosso*, no podía mantenerse por más tiempo, puesto que esta lógica era funcional al interés de los fascistas por controlar el Estado, pero en el momento de la conquista del mismo, el discurso ha de modificarse, o más bien, incorporar nuevos elementos al mismo para adaptarse a la nueva realidad a la que se enfrenta. En este sentido es que se hace presente y necesario, exacerbar el sentido imperial y conquistador del Estado.

Ahora bien, esta idea imperialista debía legitimarse en algún pasado remoto y/o grandioso, que presente en la realidad italiana, fuese posible referir para sentirse continuador de tales prerrogativas de antaño. Los británicos buscaron su modelo en Arturo, los alemanes en Carlomagno, y a los fascistas italianos les fue útil la Roma imperial. ¿Pero porqué la Roma imperial?

Los fascistas no tomaron Roma como un “todo”, sino que más bien la utilizaron en los puntos que les servía para reafirmar sus políticas (como la idea de *Mare Nostrum*, administrado y controlado por Roma), o bien dieron una interpretación propia a lo que veían que podía utilizarse con fines fascistas, como era el uso de la violencia a modo de participación política (Gentile, 2004). Mussolini mismo, buscó asociarse a

la figura de los antiguos generales y emperadores romanos, pretendiendo con esto tener un peso político mucho mayor frente a la opinión pública italiana, pero también frente a las naciones extranjeras. En él vivía la clave de interpretar y asociar la realidad de su tiempo con Roma, y ver si era posible realizarse tal propuesta política. Explica Fermi (1973):

“La pasión romana seguía consumiéndole y llameaba en sus discursos que casi siempre eran un rosario de alabanzas a Roma, a su cultura, a su doctrina y a su profunda sabiduría. Aquella pasión se mostraba también en sus actos. Impulsada por ella, se esforzó por hacer de Italia la continuadora directa del Imperio Romano, por convertir a los jóvenes y a los hombres de Italia en una formación de cohortes “romanamente” viriles. Por resucitar títulos, mitos y costumbres de los romanos, tanto para el uso de los fascistas militantes, como para la vida diaria de los italianos; derramando sobre Roma, que para él era todavía la *Urbs* del Lacio, ingentes sumas de dinero para despertar la envidia de otras ciudades, embelleciéndola con parques, sacando a la luz del día sus olvidados monumentos, y edificando otros nuevos que competían en esplendor y lujo, aunque no siempre en belleza artística” (pp. 349-350).

Y para esto era fundamental la posibilidad de revitalizar el pasado romano, y convertirlo en un discurso político acorde a los tiempos del fascismo (Mack, 1989). Ahora bien, cabe preguntarse entonces, ¿y qué ven los fascistas en el Imperio?, ¿por qué es tan fundamental su existencia? La respuesta como vimos, va aparejada de una visión ideológica pragmática. El imperialismo y su realización es la demostración concreta de que “las cosas” en el fascismo “se hacen bien”, y que la senda de la creación de una nueva civilización fascista reformadora, joven y altamente eficaz era posible. Tal como lo expone Gentile (2004):

“A los proyectos de expansión imperialista se unió también el mito propiamente fascista, de la «nueva civilización», imaginada como expansión del modelo totalitario fascista a través de la reorganización de Europa y de los dominios coloniales en un «nuevo orden» de «comunidades imperiales» basado en el predominio de los pueblos jóvenes como Italia y Alemania. La «comunidad imperial» anhelada por el fascismo se constituiría con las posesiones coloniales y un agregado de naciones europeas consideradas que, conservando sus identidades estatales, serían jerárquicamente subordinadas a la nación italiana como parte de su espacio vital” (p.46).

De esta manera, podemos observar que el ideal fascista imperial es ante todo un discurso de tipo propagandístico, orientado a las masas como una forma de legitimación política de un actuar que podría considerarse hostil e insoportable en otros contextos. Gracias a la expansión colonial, Mussolini y los fascistas hacen ver que el sistema que ellos desarrollan es tan válido como cualquier otro para dirigir un Estado, pero incluso va más allá, puesto que se propone como el mejor, por eso ha de expandirse y someter a su voluntad a todo el mundo, para llevarlo a esa nueva era de desarrollo fascista que está iniciándose. Claramente, este ideal bebe de las directrices políticas de la antigua Roma en cuanto se presenta a los fascistas como continuadores de la antigua política imperial, sobre todo en lo que refiere al concepto de romanización, que los seguidores del *Duce* homologan a la idea de *romanità*. Esta noción antigua asociaba la posesión de territorios no solo como un provecho netamente económico (que, sin embargo si lo era), sino que también de ver a la *Urbs*

como un faro de cultura y civilización que promueve, mantiene y protege a los pueblos sometidos. Según esta perspectiva, el sometimiento, la dominación y la expansión de nuevos territorios si bien son necesidades que refieren esa mantención de la vitalidad de los pueblos, no necesariamente estarían vinculados a preceptos raciales o religiosos, como veremos en el caso del nazismo, por ejemplo. Puesto que el trasfondo ideológico del fascismo está asociado a una situación de superioridad cultural proveniente de la antigua Roma, que es la civilización occidental por excelencia y que los fascistas, producto del devenir histórico, pretenden revivir y bajo ese halo de potencia mítica, que trascendía la historia desde la antigüedad, y así continuar y perpetuar a través de la expansión militar. De manera que la legitimidad de la conquista fascista de Libia, si bien se asocia a la idea de vitalidad-cultural que anteriormente referimos, también tiene un trasfondo histórico, que se liga a la victoria de Roma sobre Cartago, en donde los fascistas instrumentalizan a los autores clásicos y sus relatos para llevarlos al presente, y ver sus acciones de conquista como un paralelo homologable a lo hecho por los antiguos, indicando con esta situación que la posesión de Libia estaba inscrita en un recurso temporal que debía ser revitalizado y asimilado a la nueva Italia, para que volviese a tener ese periodo de esplendor que se había perdido luego de la caída de Roma. En este sentido, la propaganda y el uso de los medios de comunicación masivos como la radio, los periódicos y, sobre todo, el cine permitían reflejar esa magnificencia y gloria pasada al presentarla viva nuevamente a través de las escenas y sus personajes, pero también al hacer coincidir a las figuras y proezas de los antiguos con el *Duce* y sus políticas, que si bien poco tenían de cercano en lo concreto, servían de excelente elemento de legitimidad política ante la opinión pública italiana y también mundial.

27

De este modo Roma y todo su pasado dentro de este esquema es vista como el modelo a seguir, que si bien no es del todo apreciado en su contexto, si trata de hacerse parecer como su continuador de manera de hacer despertar esas ansias de pasado grandioso en las mentes de los fascistas e italianos: “Roma lo hacía y así legó todo su glorioso pasado a los italianos y a su historia, por tanto ha de rescatarse, revitalizarse, y hacerse real otra vez.” Esa era la idea fascista que se tenía de Roma, un modelo si, en cuanto conviniese a los intereses de los ideólogos fascistas, el resto se podía dejar de lado. De forma que ante la pregunta, ¿qué era para el fascismo el imperio romano? La respuesta es bastante concreta; una forma de propaganda histórica, cuya finalidad era legitimar un actuar político contemporáneo, orientado por medios masivos y totalitarios, para hacer de la población una masa consciente de la virtud, el poder, y el desarrollo propugnado por los fascistas. Y, por cierto, la conquista de Libia y su proceso de incorporación al ideal fascista, sin duda que representan esa idea imperial, siendo la última frontera incorporable dentro la *Grande Italia*. ¿Se logró ese objetivo propagandístico de desarrollo y expansión colonial? Solo durante un escaso período de tiempo. Lo que aconteció en 1943 fue el resultado del obnubilamiento imperial que cegó a los fascistas a tal grado, que cuando se dieron cuenta de su error, el sistema ya se había desmoronado, y nunca más volvería a ser lo que fue en esos términos. La era de la “Roma como propaganda fascista” había terminado.

Bibliografía

Fuentes

- de Mezzetti, O. (1933) *Guerra in Libia – esperienze e ricordi*. Roma: Cremonese.
- Gentile, G. (2007) *Fascismo di pietra*. Roma-Bari: Laterza.
- Mainoldi, P. (1930) *La conquista della Libia. Cronistoria dell'occupazione militare 1911-1930*. Bologna: Ediciones SAI.
- Mussolini, B (1993) *Scritti e Discorsi*, Florencia: La Fenice.
- Mussolini, B. (1984) *El espíritu de la revolución fascista*. Buenos Aires: Temas contemporáneos

Textos

- Argüello, L. (1998) *Manual de Derecho Romano: Historia e Instituciones*. Buenos Aires: Astrea.
- Baioni, M. (2006) *Risorgimento in camicia nera*. Arezzo: Carocci.
- Bertarelli, L.V. (1929) *Guida d'Italia, Vol. XVII*. Milán: Consociazione Turistica Italiana.
- Bravo, G. (1989) *Poder político y desarrollo social en la Roma Antigua*. Madrid: Taurus Universitaria.
- Brendon, P. (2000) *The Dark Valley, A Panorama of the 1930s.*, Nueva York: First American Edition.
- Canfora, L. (1980) *Ideologie del classicismo*, Turín, Einaudi.
- Capressi, V. (2007) *I centri rurali libici. L'architettura dei centri rurali di fondazione costruiti in Libia – colonia italiana – durante il fascismo (1934-1940)*, Viena, Austria: University of Technology.
- Cicerón (1999) *Sobre la naturaleza de los dioses*, Madrid: Gredos.
- Cicerón (2000) *Las Leyes*, Madrid: Gredos.
- Cicerón (2014) *La república*, Madrid: Alianza editorial.
- De Felice, R. (1995) *Mussolini il fascista*, Turín: Einaudi.

¿Fue el fascismo un continuador de la antigua Roma? Imperialismo, *romanità* y expansión en la Italia fascista: El caso de la *quarta sponda* (1912-1943)

- De Felice, R. (1995) *Mussolini il rivoluzionario (1883-1920)* Turín:Einaudi.
- Del Boca, A. (1991) *Le guerre coloniali del fascismo*. Roma: Laterza.
- Fermi, L. (1973) *Mussolini*. Barcelona/México D.F: Grijalbo.
- Gentile, E. (2004) *Fascismo: Historia e Interpretación*, Madrid: Alianza
- Goldsworthy, A. (2005) *Roman Warfare*, Nueva York/Londres: Smithsonian History of Warfare.
- Goldsworthy, A. (2019) *La caída de Cartago*. Las Guerras Púnicas 265-146 a.C. Barcelona: Ariel.
- Gramsci, A. (1973) *La questione meridionale. (A cura di Franco Felice e Valentino Parlato)*.- 3ª edición. Turín: Riuniti.
- Gramsci, A. (1981) *Cuadernos de la Cárcel, tomo V, Notas breves sobre la política de Maquiavelo*, México: Era.
- Lozano, A (2012) *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid: Marcial Pons.
- Mack Smith, D. (1989) *Mussolini*, México D.F: FCE.
- Mann, M. (2006) *Fascistas, (Fascists)* trad. Juan Pérez Moreno, Valencia: Publicacions Universitat de València,
- Mellón, J (coordinador) (2012) *El fascismo clásico y sus epígonos (1919-1945)* Madrid: Tecnos
- Morineau, M. (2006) *Diccionario de Derecho Romano*, México D.F.: Oxford University Press.
- Payne, S. (2014) *El fascismo*, Madrid: Alianza.
- Pirenne H. (2010) *Mahoma y Carlomagno*, Madrid: Alianza.
- Polibio (2000) *Historias*, Madrid: Gredos.
- Rivero G, M. (2006) *Imperator Populi Romani, Una aproximación al poder republicano*, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» (CSIC).
- Rodríguez, F (2017) *La Italia imperial, '¿realidad de mañana?': Roma y la 'Romanità' en los discursos de Benito Mussolini anteriores a la proclamación del Imperio (1915-1933)*. Tesis para optar al grado de Magister en Estudios Clásicos. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid.

- Sancho, L. (cord.) (2015) *La Antigüedad como paradigma. Espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Segre, C. (2000) *Ítalo Balbo - Una vida fascista*, Bolonia: Il Mulino.
- Syme, R. (2010) *La Revolución romana*, Madrid: Crítica.
- Tasca, A (1969) *El Nacimiento del fascismo*, Barcelona: Ariel, Esplugues de Llobregat.
- Viñas, A. (2007) *Instituciones políticas y sociales de Roma: Monarquía y República* ed. Madrid: Dykinson, S.L.
- VV.AA. (1986) *Revisión histórica del Siglo XX. La II Guerra Mundial. La hora de los Dictadores*, Buenos Aires: Quórum.

Artículos y capítulos de libro

- Amaral, S. (2014) *Augusto y Mussolini: la presencia de la antigua Roma en la Roma fascista*, Vol.10, No.1 “Actas y Comunicaciones del Instituto de Historia Antigua y Medieval”, pp. 72-87.
- Arielli, N. (2011) *Beyond “Mare Nostrum”. Ambitions and Limitations in Fascist Italy’s Middle Eastern Policy*, 37. Jahrg., H. 3 En: “Geschichte und Gesellschaft”, Arab Encounters with Fascist Propaganda 1933-1945 pp. 385-407.
- Arthurs, J. (2018) *Bathing in the Spirit of Eternal Rome: The Mostra Augustea della Romanità*. En Demetriou, K. y Roche, H. (eds.) (2018) *Brill’s Companions to Classical Reception (Volumen 12)*, Leiden/Boston, Brill.
- Cueva, A. (1977) *La cuestión del fascismo* Vol. 39, No. 2 (Abr. - Jun., 1977), en México D.F.: “Revista Mexicana de Sociología” pp. 469-480.
- De Napoli, O. (2013) *Race and Empire: The Legitimation of Italian Colonialism in Juridical Thought* Vol. 85, No. 4. En: “The Journal of Modern History”, New Directions in Legal and Constitutional History, pp. 801-832.
- Gracia, F (2013) *Arqueología, cine y fascismo*. En Antela-Hernández, B. y Sierra C. (2013) *La Historia Antigua a través del cine. Arqueología, Historia Antigua y Tradición Clásica*, Barcelona, Editorial UOC.
- Kallis, A.A. (2003) *To Expand or Not to Expand? Territory, Generic Fascism and the Quest for an ‘Ideal Fatherland’* Vol. 38, No. 2. En EE.UU: “Journal of Contemporary History”, pp. 237-260.

¿Fue el fascismo un continuador de la antigua Roma? Imperialismo, *romanità* y expansión en la Italia fascista: El caso de la *quarta sponda* (1912-1943)

- Nelis, J. (2007), *Constructing Fascist Identity: Benito Mussolini and the Myth of "Romanità"*, Vol. 100, No. 4 En: "The Classical World" pp. 391-415.
- Nelis, J. (2018), *Fascist Modernity, Religion, and the Myth of Rome*. En Demetriou, K. y Roche, H. (eds.) (2018) *Brill's Companions to Classical Reception* (Volumen 12), Leiden/Boston, Brill.
- Trianello, F. (1999) *Historiografía italiana e interpretaciones del fascismo*. No. 36. En: "Viejos y nuevos problemas históricos" pp. 177-200.
- Visser, R. (1992) *Fascist Doctrine and the Cult of the Romanita*, Vol. 27, No. 1 En: "Journal of Contemporary History", pp. 5-22.

Periódicos

- La Gazzetta del popolo.

Películas y documentales

- Gemmiti, A. (1937) *Il Duce sbarca in Libia*. Istituto LUCE, 3:11 min.
- Istituto LUCE (1926) *Ritorno di Roma*, 44 min.